

# Profecía autocumplida o los dos tiempos de la verdad



DAVID ANDRÉS VARGAS CASTRO\*

Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina

## Profecía autocumplida o los dos tiempos de la verdad

## Self-Fulfilling Prophecy or the Two Times of Truth

## Prophétie auto-réalisatrice ou les deux temps de la vérité

Partiendo del fenómeno conocido como profecía autocumplida, en el presente texto se realizan algunas articulaciones para dicho fenómeno basadas en las elaboraciones freudianas sobre el destino y el énfasis hecho por Lacan con respecto a lo decisivo del deseo del Otro para el sujeto, de tal forma que sea posible advertir cómo la verdad, más que restringirse a un hecho único e inamovible, es en dos tiempos, es cambiante; sin embargo, está fijada fantasmáticamente y es solidaria del síntoma. La práctica analítica, entonces, más que una búsqueda de verdad, está orientada por lo real.

**Palabras clave:** deseo, ideales, profecía autocumplida, retroactividad, verdad.

The well-known phenomenon of self-fulfilling prophecy is retaken by the author in the light of the Freudian perspectives on destiny and the Lacanian emphasis on the decisiveness of the Other's desire, for the subject. Even though truth is constantly changing and is not restricted to a singular and immobile fact, it is fixed to the phantasy and related to the symptom. The analytical practice, then, more than a search for the truth, is oriented by the real.

**Keywords:** desire, ideals, self-fulfilling prophecy, retroactivity, truth.

Quelques articulations son avancées à propos du phénomène connu comme prophétie auto-réalisatrice, à partir des élaborations freudiennes sur le destin et de l'accent mis par Lacan sur le désir de l'Autre comme crucial pour le sujet, de façon à mettre en garde contre l'idée que la vérité pourrait être circonscrite à un fait unique et inamovible; elle est par contre à deux temps et changeante, et pourtant figée fantasmatiquement et solidaire du symptôme.

**Mots-clés:** désir, idéales, prophétie auto-réalisatrice, après coup, vérité.



**CÓMO CITAR:** Vargas Castro, David Andrés. "Profecía autocumplida o los dos tiempos de la verdad". *Desde el Jardín de Freud* 16 (2016): 63-75, doi: 10.15446/dfj.n16.58154.

\* e-mail: vargascastro@yahoo.com.ar

© Obra plástica: Óscar Muñoz

“Alguien invoca, alguien evoca, alguien pide penitencias, remisiones, revisiones.  
Es la hora de horadarse. La hora del oráculo.  
Alguien pide treguas, límites.  
¿A quién? Vieja historia.”

ALEJANDRA PIZARNIK

Desde la prehistoria del psicoanálisis la pregunta por la verdad ha sido central; tan es así que fue necesario pensar que la histeria no era un teatro protagonizado por simuladoras para poder considerarla una afección psíquica, como también Freud tuvo que dar un paso más allá luego de proclamar que ya no creía en su neurótica y considerar como fundamental la función de la fantasía en la causación de las neurosis. Lacan, sin embargo, señalará los *impasses* de Freud por sus “amores con la verdad”, así como dirá que este deliró en la justa medida ubicando a la verdad en aquello que el mismo Freud llamó núcleo patógeno<sup>1</sup>, aquel núcleo al que sería necesario acceder para revelar el sentido de los síntomas. Para Lacan, la verdad será hermana del goce<sup>2</sup>, de allí que ambas serán hijas del significante y solidarias del síntoma, estando determinadas por la lectura del sujeto que hará de las contingencias algo necesario para su padecer.

Para preguntarnos sobre la verdad y sus efectos, a continuación nos abocaremos a presentar lo que el sociólogo Robert Merton llamó profecía autocumplida, así como el llamado efecto Pigmalión, dos fenómenos en los que es posible localizar cómo la verdad, más que ser acorde a la metáfora freudiana del quehacer del arqueólogo, quien busca para encontrar, responde a una lógica en dos tiempos. La verdad no preexiste, es efecto del decir. Decir que más que pre-decir exige que se diga, que se cumpla. Es de allí que tomaremos algunos desarrollos de Freud a propósito del destino y algunas elaboraciones de Lacan con respecto al nacimiento del sujeto y la relación de este con el deseo del Otro, para finalmente puntualizar cómo la propuesta lacaniana del análisis, más que embrollarse con la verdad y la mentira, es una práctica orientada por lo real.

1. Jacques Lacan, *El fracaso del Un-desliz es el amor. A la manera del seminario oral de Jacques Lacan (1976-1977)* (México: Artefactos, 2009).
2. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis (1969-1970)* (Buenos Aires: Paidós, 2009).

## LA TEORÍA DE LA PROFECÍA AUTOCUMPLIDA

Esta teoría propuesta por Robert Merton tiene como premisa un teorema del sociólogo norteamericano W. I. Thomas, el cual reza: “Si los individuos definen las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias”<sup>3</sup>. Para el esclarecimiento del teorema, Merton señala que la primera parte de este es un recordatorio de que las personas responden principalmente al sentido que tienen de una situación y no tanto a los “rasgos objetivos”, de allí que las conductas estarán determinadas, en su mayoría, por el sentido que se le dé a tales situaciones. Sentencia a su vez que si este teorema y sus alcances fuesen más conocidos, se entendería mejor el funcionamiento de la sociedad en la que vivimos<sup>4</sup>.

Para ejemplificar este teorema, Merton trae a colación lo sucedido en 1932 en el Last Nacional Bank, institución bancaria floreciente que fue presa de la profecía autocumplida. En razón de un rumor de insolvencia, los depositantes del banco se abalanzaron sobre las instalaciones de este a pedir sus depósitos, en un intento de salvaguardar su dinero. Dicha avalancha de personas produjo, en efecto, la insolvencia temida:

La estructura financiera estable del banco había dependido de una serie de definiciones de la situación: la creencia en la validez del sistema engranado de esperanzas económicas de que viven los hombres. Una vez que los depositantes definieron la situación de otra manera, una vez que dudaron de la posibilidad de que se cumpliesen sus esperanzas, las consecuencias de esta definición irreal fueron bastante reales.<sup>5</sup>

Se produce entonces, según Merton, una parábola:

La parábola nos dice que las definiciones públicas de una situación (profecías o predicciones) llegan a ser parte integrante de la situación y, en consecuencia, afectan a los acontecimientos posteriores. Esto es peculiar a los negocios humanos. Las predicciones del regreso del cometa Halley no influyen en su órbita. Pero el rumor de insolvencia del banco de Millingville afectó al resultado real. La profecía de la quiebra llevó a su cumplimiento.<sup>6</sup>

Define entonces la profecía autocumplida como “una definición *falsa* de la situación que suscita una conducta nueva, la cual convierte en verdadero el concepto originariamente falso”<sup>7</sup>. Después de cumplirse la profecía será posible realizar una lectura retroactiva de lo acontecido que venga a dar fe de que era inevitable que esto sucediera, de que esto era verdad desde el principio y que no requería de la



3. Robert Merton, *Teoría y estructura sociales* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995), 505.

4. *Ibíd.*

5. *Ibíd.*, 506.

6. *Ibíd.*, 506-507.

7. *Ibíd.*, 507.

participación de nadie sino de las meras fuerzas del destino para su cumplimiento. Después de todo, en el pasado todo es posible.

Afirma igualmente el autor que varios prejuicios están sostenidos por no comprender la lógica de la profecía autocumplida, ya que las ideas falsas que vehiculizan los prejuicios se presentan como “datos” irrefutables que vienen a corroborar —y a justificar— tales prejuicios.

Podemos preguntarnos entonces: ¿De qué forma podría ser posible dar cese a la profecía autocumplida? Merton considera una forma, a saber, poner en duda aquella idea falsa inicial y reformular la situación:

La definición inicial que puso el círculo en marcha debe ser abandonada. Sólo cuando se pone en duda el supuesto originario y se formula una nueva definición de la situación, da el mentís al supuesto, a la corriente ulterior de acontecimientos. Sólo entonces la creencia deja de engendrar a la realidad.<sup>8</sup>

Sin embargo, Merton no es en absoluto ingenuo y señala que

[...] discutir las definiciones hondamente arraigadas de la situación no es un simple acto de voluntad. La voluntad, o para el caso la buena voluntad, no puede abrirse y cerrarse como una espita. La inteligencia y la buena voluntad sociales son *productos* de diferentes fuerzas sociales. No toman existencia por la propaganda y la enseñanza de masas, en el sentido usual de estas palabras tan caras a los panaceítas sociológicos. En la esfera social, no más que en la esfera psicológica, las ideas falsas no se desvanecen en silencio cuando se las confronta con la verdad. Nadie espera que un paranoico abandone sus deformaciones mentales y sus ilusiones, tan difícilmente adquiridas, al ser informado de que carecen en absoluto de fundamento. Si las enfermedades psíquicas pudieran curarse sólo sembrando la verdad, los psiquiatras de este país sufrirían de desempleo y no de exceso de trabajo. Y una “campaña educativa” constante no destruirá el prejuicio y la discriminación raciales.<sup>9</sup>

Por supuesto, como analistas podemos tener discrepancias con respecto a la posición de Merton cuando se presenta como un representante de la verdad, quien considera que la solución sería sustituir las ideas falsas por verdades que el sociólogo o el psicólogo tendría que transmitirle al sujeto. Pero es aquí donde —por fortuna— el sujeto, del que nos ocupamos los analistas, objeta y da cuenta que es otra verdad la que está en juego<sup>10</sup>.

8. *Ibíd.*, 508.

9. *Ibíd.*, 509.

10. Un muy buen ejemplo de esto lo da Lacan cuando, para dar cuenta del *acting out*, se refiere al caso de “los sesos frescos” de Ernst Kris.

## EFECTO PIGMALIÓN

De la teoría de la profecía autocumplida se desprende lo que fue llamado por Rosenthal y Jacobson como el efecto Pigmalión<sup>11</sup>, en referencia al mito de Pigmalión y Galatea<sup>12</sup> que encontramos en *Metamorfosis*, de Ovidio.

La historia cuenta que Pigmalión era un hombre que vivía solo y sin esposa, quien esculpió una estatua de marfil, dándole tal grado de belleza que se enamoró de ella. En varias ocasiones, Pigmalión duda si dicho cuerpo es de marfil o ha cobrado vida, de allí que se aproxima en varias ocasiones a palparlo. La trata entonces como si, en efecto, estuviese viva: le da regalos, la viste, la acaricia, teme que pueda dejar marca en su cuerpo la presión que hace sobre ella con sus manos y hasta llega a sentir que, al besarla, ella le responde dichos besos. Llega entonces la fiesta dedicada a Venus, y luego de realizar sus ofrendas, Pigmalión le pide a la diosa que, ya que los dioses lo pueden todo, le dé una esposa semejante a la joven que esculpió en marfil. Es así como Venus cumple su deseo con literalidad y le da vida a la estatua.

El experimento, realizado en California en los años sesenta por Rosenthal y Jacobson, consistió en que los investigadores le dijeron a unos docentes que los resultados arrojados por un test realizado a sus los alumnos de primero a sexto año de formación escolar señalaba que algunos estudiantes, posiblemente, estaban próximos a tener un crecimiento intelectual mayor que los demás alumnos. Sin embargo, lo que los investigadores realmente hicieron fue seleccionar alumnos al azar, esto con el propósito de averiguar si las expectativas que los docentes tenían sobre sus alumnos ejercían alguna influencia en estos últimos. Algunos meses después, al volver a evaluar a los estudiantes, los resultados arrojaron un notable aumento de rendimiento en un alto porcentaje de aquellos alumnos de quienes se esperaba un crecimiento intelectual determinado —especialmente en los alumnos de primero y segundo año—, en comparación a los otros estudiantes<sup>13</sup>.

Rosenthal y Jacobson concluyeron entonces que las expectativas de crecimiento intelectual y la conducta concomitante que los docentes tuvieron con aquellos alumnos de quienes se dijo que tendrían tal crecimiento, fue la variable decisiva para que dicha expectativa se cumpliera. Lo que, llevado a un plano más general, daría cuenta de que las expectativas que se tienen sobre las personas cumplen un papel fundamental en la conducta de las mismas.

En este punto, como analistas nos podemos preguntar si acaso el lugar que el profesor ocupa para el estudiante no es decisivo para el rendimiento de este último, si acaso no está en juego la suposición de saber que vehiculiza la transferencia y la relación del sujeto con respecto a ese Otro que, quizás, viene a encarnar el docente.

11. Robert Rosenthal y Lenore Jacobson, "Pygmalion in the classroom", *The Urban Review* 3, 1 (1968): 16-20. Disponible en: [https://www.uni-muenster.de/imperia/md/content/psyifp/aeechterhoff/sommersemester2012/schlueselstudiendersozialpsychologiea/rosenthal\\_jacobson\\_pygmalionclassroom\\_urbrev1968.pdf](https://www.uni-muenster.de/imperia/md/content/psyifp/aeechterhoff/sommersemester2012/schlueselstudiendersozialpsychologiea/rosenthal_jacobson_pygmalionclassroom_urbrev1968.pdf) (consultado el 20/08/2015).
12. Ovidio, *Metamorfosis* (Barcelona: Alianza, 2005).
13. Rosenthal y Jacobson, "Pygmalion in the classroom", 16.

## DEL DESTINO A LA CAUSALIDAD PSÍQUICA

Si bien es radical que Freud, desde *La interpretación de los sueños*, hiciera responsable al sujeto de sus sueños, también lo es que eche por tierra cualquier idea que se pueda tener sobre el destino, ya que, así como en los sueños un deseo se realiza, Freud dirá que el sujeto, vía la elección del llamado destino, se desentiende de su implicación subjetiva:

El psicoanálisis nos ha advertido que debemos resignar la infecunda oposición entre momentos externos e internos, destino y constitución, enseñándonos que la causación de una neurosis se halla por regla general en una determinada situación psíquica que puede producirse por diversos caminos.<sup>14</sup>

Puede parecer paradójico que, precisamente, sea Freud quien ubique en el corazón del psicoanálisis el complejo de Edipo, sirviéndose de la tragedia griega de Sófocles *Edipo rey*, ya que toda tragedia lo que quiere denotar es la implacable fuerza del destino. Y es tanto así que vemos a Freud decirle a Hans que, antes de que naciera, él ya sabía que Hans amaría a su madre y odiaría a su padre<sup>15</sup>. ¿Qué es entonces lo que Freud quería señalar aquí? No es otra cosa que los deseos incestuosos de los que el neurótico se defiende —tanto como si acaso pudiera cumplirlos— y de los que se reprocha en igual medida —como si los hubiese realizado—:

La confesión desnuda del propósito de parricidio, como la obtenemos en el análisis, parece insoportable sin preparación analítica. En el drama griego, el indispensable debilitamiento, pero con preservación de la trama efectiva, es logrado con mano maestra proyectando a lo real el motivo inconsciente del héroe, como si fuera una compulsión del destino ajena al héroe mismo.<sup>16</sup>

Y es precisamente como heredero del complejo de Edipo que Freud ubica al superyó como teniendo “la misma función protectora y salvadora que al comienzo recayó sobre el padre y después sobre la Providencia o el Destino”<sup>17</sup>. Pero también considerará que lo que está en juego en aquellos a quienes llama “los que fracasan cuando triunfan” es el sentimiento inconsciente de culpa ligada al superyó, función que, lejos de protectora y salvadora, atosiga al sujeto y ordena el cumplimiento de actos en los que culpas edípicas encuentren una falsa justificación:

El trabajo psicoanalítico enseña que las fuerzas de la consciencia moral que llevan a contraer la enfermedad por el triunfo, y no, como es lo corriente, por la frustración, se entraman de manera íntima con el complejo de Edipo, la relación con el padre y con la madre, como quizá lo hace nuestra conciencia de culpa en general.<sup>18</sup>

14. Sigmund Freud, “Sobre los tipos de contracción de neurosis” (1912), en *Obras completas*, vol. XII (Buenos Aires: Amorrortu, 2001), 245.

15. Sigmund Freud, “Análisis de la fobia de un niño de cinco años” (1909), en *Obras completas*, vol. X (Buenos Aires: Amorrortu, 2001).

16. Sigmund Freud, “Dostoiévski y el parricidio” (1928), en *Obras completas*, vol. XXI (Buenos Aires: Amorrortu, 2001), 185.

17. Sigmund Freud, “El yo y el ello” (1923), en *Obras completas*, vol. XIX (Buenos Aires: Amorrortu, 2001), 59.

18. Sigmund Freud, “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico” (1916), en *Obras completas*, vol. XIV (Buenos Aires: Amorrortu, 2001), 336.

Se presenta para estos sujetos una suerte de maldición, en la que, luego de todas las vicisitudes de su vida, y cuando están prestos a alcanzar aquello anhelado o lo logran, no les es posible acceder a ello o enferman, como si fuera el inclemente destino el culpable de ello. Es por esto que Freud se remite a Macbeth, de Shakespeare, en donde, una vez más, en el intento de huir del destino este se realiza... gracias al superyó.

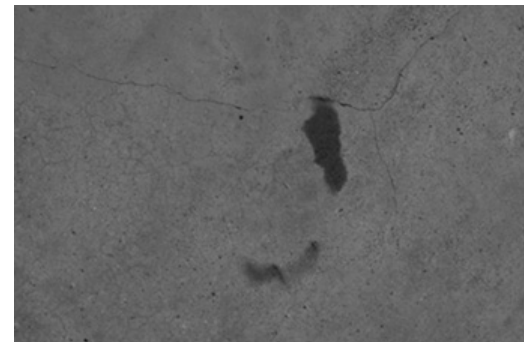
Otro de los nombres del destino en Freud es la repetición. Destino que, por más demónico que resultase, “era autoinducido y estaba determinado por influjos de la temprana infancia”<sup>19</sup>. De allí que en *Más allá del principio del placer* se dedique a este asunto diciendo, con la impronta de Nietzsche —por más que negó haberlo leído— lo siguiente: “Este ‘eterno retorno de lo igual’ nos asombra poco cuando se trata de una conducta activa de tales personas y podemos descubrir el rasgo de carácter que permanece igual en ellas, exteriorizándose forzosamente en la repetición de idénticas vivencias”<sup>20</sup>.

Ni aún los fenómenos más oscuros hicieron que Freud dejara de implicar al sujeto en los acontecimientos de su vida. Tan es así que, al ocuparse de la telepatía, fenómeno que está ligado a la práctica de la adivinación, Freud nos dice que

[...] no cualquier pieza de un saber indiferente se ha comunicado por la vía de la inducción sobre una segunda persona, sino que un deseo de una persona, extraordinariamente poderoso, pudo crearse, con el auxilio de una segunda persona, una expresión consciente levemente velada.<sup>21</sup>

Un deseo inconsciente sería solidario, entonces, de la realización de lo profesado por el adivino. Lo curioso y hasta cómico es que Freud pudo advertir esto en el fracaso de las profecías que le comunicaron sus pacientes, no en su cumplimiento, así como le fue posible ubicar la presencia del inconsciente y del deseo en los actos fallidos de la vida cotidiana.

Llegados a este punto preguntémosnos, a propósito de la profecía autocumplida: ¿se trata, como lo señala Merton, de una idea falsa que luego se torna verdadera? Consideramos que el asunto está en el valor temporal en juego, la espera, ese suspenso en el que ese enunciado inicial queda. No es ni verdadero ni falso hasta que posteriormente se demuestre lo contrario, como en la conocida frase del discurso jurídico. Resguardado en la culpa o en la inocencia, el sujeto intenta deslindarse de la responsabilidad que en tanto sujeto le concierne, ora por su papel activo en lo sucedido, ora por la lectura realizada de una contingencia.



19. Sigmund Freud, “Más allá del principio del placer” (1920), en *Obras completas*, vol. XVIII (Buenos Aires: Amorrortu, 2001), 21.

20. *Ibíd.*, 22.

21. Sigmund Freud, “Psicoanálisis y telepatía” (1921), en *Obras completas*, vol. XVIII (Buenos Aires: Amorrortu, 2001), 176.

Es también en relación al Edipo que en Freud podemos encontrar un intento de explicación al efecto Pigmalión, ya que advierte cómo los profesores son relevos de las *imagos* paternas:

Transferíamos sobre ellos el respeto y las expectativas del omnisciente padre de nuestros años infantiles y luego empezamos a tratarlos como a nuestro padre en casa [...] Si no tomáramos en cuenta lo que ocurre en la crianza de los niños y en la casa familiar, nuestro comportamiento hacia los maestros sería incomprensible; pero tampoco sería disculpable.<sup>22</sup>

En el experimento realizado por Rosenthal y Jacobson no se trataba solo del efecto de lo que los investigadores, bajo la investidura de la experticia, le dijeron a los docentes sobre el supuesto desempeño de los alumnos elegidos al azar, sino que la relación entre docente y alumno estaba referida a Otra escena familiar. Ya desde la historia de Pigmalión contada por Ovidio se señala la presencia del deseo del Otro, encarnado por Venus.

Como podemos ver, Freud será contundente al localizar una y otra vez, ora el deseo inconsciente, ora la culpa superyoica, como comandantes del devenir del sujeto. Ni dios ni destino, y apelando al realismo en contraposición al pesimismo que se le podría adjudicar dice: “Pero en lo que atañe a la distribución de los destinos, subsistirá una vislumbre desasosegante: el desvalimiento y el desconcierto del género humano son irremediables”<sup>23</sup>. Lo que podemos traducir, lacanianamente, diciendo que no hay garantía del porvenir ni de nada, solo contingencia y causalidad psíquica, porque el Otro está barrado.

## PROFECÍA Y DESEO DEL OTRO

La cotidianidad nos corrobora constantemente la célebre frase de Lacan “El deseo es el deseo del Otro”. Pero quizás una situación es particularmente conocida —hasta ha sido usada en publicidad—, y es la supuesta facultad de las madres para saber el futuro. Basta con que una madre profiera, desde su más profundo temor, un “te vas a caer” para que el niño se caiga. Pues bien, estamos más prestos como psicoanalistas a pensar que el deseo se ha hecho orden: es precisamente por haber dicho tal cosa que el niño realiza lo dicho, que toma ese decir y lo lee como deseo, y quizás muy acertadamente. Sentencia, en acto, su valor de verdad. Verdad que, para la madre, en la mayoría de los casos, resultará velada por el amor.

Y no es de extrañar que a tan temprana edad el sujeto esté tan receptivo al significativo, ya que del sujeto se ha hablado desde antes de haber nacido biológicamente.

22. Sigmund Freud, “Sobre la psicología del colegial” (1914), en *Obras completas*, vol. XIII (Buenos Aires: Amorrortu, 2001), 250.

23. Sigmund Freud, “El porvenir de una ilusión” (1927), en *Obras completas*, vol. XXI (Buenos Aires: Amorrortu, 2001), 18.



De él se habla desde antes de que la madre dé a luz el cuerpo que le dará soporte. Hace parte de una familia que le da un lugar en el árbol genealógico. Se piensa que tendrá los ojos de tal o cual pariente y que será tan alto como tal otro. En resumen, preexiste en lo simbólico, y al nacer no cae en el mundo —lugar desprovisto de una red significativa— sino en una escena<sup>24</sup> en la que se le ofrece un papel a interpretar, como una obra de teatro. No son de extrañar, entonces, como lo dijimos anteriormente, las referencias en psicoanálisis al teatro y la estructura de guión que usualmente tiene la neurosis.

Un detalle que hemos dejado implícito hasta este momento, pero que nos parece importante resaltar ahora, es que la profecía tiene estructura de destino: se da una predicción sobre algo que está por venir y de lo que es inevitable sustraerse. Lo que el psicoanálisis nos enseña es que no es necesario que dicha predicción sea proferida por una suerte de profeta o adivino —ni por una madre—, sino que es el lugar del Otro el que tiene ese lugar oracular inicial para el sujeto:

Así, es de un lugar otro que la Realidad a la que concierne de donde la Verdad saca su garantía: es de la Palabra. Como es también de ella de quien recibe esa marca que la instituye en una estructura de ficción.

Lo dicho primero decreta, legisla, “aforiza”, es oráculo, confiere al otro su oscura autoridad.

Tomemos solamente un significante como insignia de esa omnipotencia, lo cual quiere decir de ese poder todo en potencia, de ese nacimiento de la posibilidad, y tendremos el trazo unario que, por colmar la marca invisible que el sujeto recibe del significante, aliena a ese sujeto en la identificación primaria que forma el ideal del yo.

Lo cual queda inscripto por la notación I (A) que debemos sustituir en este estadio por la \$, S tachada del vector retrógrado, haciéndonosla trasladar de su punta a su punto de partida”.<sup>25</sup>

“Decreta”, “legisla”, “aforiza”, “oráculo”: palabras que, como vimos en el ejemplo inicial de la madre con el bebé, dan cuenta de la potencia y del peso del significante. Más aún: queda en primer plano que la verdad no tendrá nada que ver con la realidad, sino con la palabra. No serán los aparentes hechos los que vendrán a dar cuenta o no de si algo supuesto es efectivamente o no verdad: la efectividad estará dada por la palabra.

Como vemos, en esta cita se resalta tanto el valor de ficción de la verdad como la relación de esta con el I (A), lugar con el que se abrocha el grafo del deseo. De allí que sea necesario la caída de las identificaciones en un análisis para ir abriendo la

24. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 10. La angustia* (1962- 1963) (Buenos Aires: Paidós, 2006).

25. Jacques Lacan, “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano” (1960), en *Escritos II* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2008), 768.

pregunta sobre el deseo del Otro, cuestión que la estructura del grafo del deseo deja en claro en su forma misma de signo de interrogación. Igualmente, queda señalado cómo las identificaciones son las que mantienen al sujeto en desconocimiento de su barradura y, como es lógico, de la del Otro.

De allí, como lo señala Lacan, las consecuencias que se dan cuando alguno de los padres no ha deseado al sujeto:

Sabemos muy bien en el análisis la importancia que tuvo para un sujeto, vale decir, aquello que en ese entonces no era absolutamente nada, la manera en que fue deseado. Hay gente que vive bajo el efecto, que durará largo tiempo en sus vidas, bajo el efecto del hecho de que uno de los dos padres —no preciso cuál de ellos— no lo deseó. Este es verdaderamente el texto de nuestra experiencia cotidiana.

Los padres modelan al sujeto en esa función que titulé como simbolismo. Lo que quiere decir, estrictamente, no que el niño sea el principio de un símbolo, sino que la manera en que le ha sido instilado un modo de hablar, no puede sino llevar la marca del modo bajo el cual lo aceptaron los padres. Sé muy bien que esto presenta toda suerte de variaciones y de aventuras. Incluso un niño no deseado, en nombre de un no sé qué que surge de sus primeros bullicios, puede ser mejor acogido más tarde. Esto no impide que algo conserve la marca del hecho de que el deseo no existía antes de cierta fecha”.<sup>26</sup>

Es primordial poder ubicar el énfasis que hace Lacan a propósito de la marca —tanto en esta cita como en la anterior— ya que será la lectura de dicha marca la que dará cuenta de la implicancia del sujeto en lo que lo ha preexistido y de cómo se las arreglará con ese real.

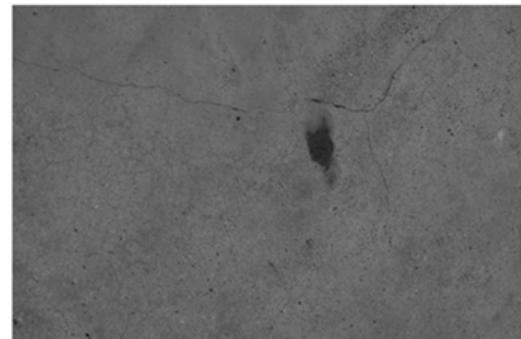
Dos ejemplos clínicos. Un paciente llega a análisis acosado por ideas suicidas, las cuales, dice, ha tenido desde muy temprana edad, pero que con el tiempo se han incrementado. En el análisis recuerda que su padre, en cierta ocasión y en el marco de un recuerdo muy confuso, le señaló que moriría joven. Al comentarle a su madre lo sucedido, esta interpela al padre preguntándole por qué le ha dicho esto al paciente. En el transcurso del análisis se plantearon varias cuestiones. La primera con referencia a lo equívoco de a quién se refería el padre al decir que moriría joven, si a él mismo o al paciente. La segunda refería a la reacción de la madre, ya que, nuevamente, no quedaba claro si su reclamo al padre del paciente confirmaba o no lo dicho por aquel. Y la tercera, concerniente a qué decía el padre al decir “morir joven”, especialmente cuando, luego de un tramo de análisis, el paciente advierte que el padre, a pesar de

26. Jacques Lacan, “Conferencia en Ginebra sobre el síntoma” (1975), en *Intervenciones y textos II* (Buenos Aires: Manantial, 2001), 124.

estar en una edad en la que socialmente estaría lejos de ser considerado joven, se considera tal.

Como contraste al caso anterior, una paciente había encontrado la forma de que uno de sus ideales —llegar virgen al matrimonio, ideal que venía por vía materna y correspondiente a la religión que profesaba— no entrara en conflicto con su comercio sexual. Lejos de abstenerse de experiencias sexuales, la paciente se permitió amplia gama de prácticas, salvo penetración que pudiese dañar el himen.

Como se hace evidente en ambos casos, la interpretación del sujeto es el signo de su responsabilidad subjetiva.



## DE LA VERDAD A LO REAL

Luego de este intento de pensar desde Freud y Lacan el fenómeno de la profecía autocumplida y el efecto Pigmalión, y haber señalado cómo el llamado destino está entretejido entre el hilar de las contingencias con la culpa y el deseo, así como la dimensión oracular y de destino que puede cumplir el Otro para un sujeto, nos parece importante señalar que quizás una de las cuestiones más subversivas del psicoanálisis es que, lejos de intentar saber sobre el futuro, al modo de una sesión de adivinación, un psicoanálisis permite cambiar el pasado y, de este modo, poder dar un margen novedoso a lo que parece ser una repetición implacable. Es así como el tiempo del análisis es el del futuro anterior:

Pues la función del lenguaje no es informar, sino evocar.

Lo que busco en la palabra es la respuesta del otro<sup>27</sup>. Lo que me constituye como sujeto es mi pregunta. Para hacerme reconocer por el otro, no profiero lo que fue sino con vistas a lo que será. Para encontrarlo, lo llamo con un nombre que él debe asumir o rechazar para responderme.

Me identifico en el lenguaje, pero sólo perdiéndome en él como un objeto. Lo que se realiza en mi historia no es el pretérito definido de lo que fue, puesto que ya no es, ni siquiera el perfecto de lo que ha sido en lo que yo soy, sino el futuro anterior de lo que yo habré sido para lo que estoy llegando a ser.<sup>28</sup>

Como lo advierte la cita, lo que constituye al sujeto es su pregunta. En razón de esto, el analista debe abstenerse de otorgar respuestas —como si pudiera, y podemos decir que es la forma de leer de forma radical la regla de abstinencia freudiana— a la pregunta por el deseo del Otro, ya que, si bien el analista puede ser convocado a responder desde el lugar del Otro, en caso de hacerlo, sirviéndose de la transferencia, más

27. Sería más apropiado leerlo como el gran Otro.

28. Jacques Lacan, “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” (1953), en *Escritos I* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2008), 288.